

Semana de la Palabra 2026

20-26 de septiembre de 2026

«Id también vosotros a mi viña»

1. Puede ayudarnos...

Durante estos días puede colocarse en el templo el libro de la Palabra de Dios o un cartel para resaltar que estamos en la semana de la Palabra.

Cuidar la liturgia de la Palabra:

- Uso del Evangelionario, que puede llevarse en la procesión de entrada y colocarse sobre el altar hasta el Aleluya, resaltando la unidad entre liturgia de la Palabra y liturgia eucarística.
- El canto del salmo responsorial y de la introducción y aclamación del Evangelio.
- Uso de cirios e incienso durante la proclamación del Evangelio. Subrayamos que es el Señor el que está presente y nos habla.
- Valoración del silencio tras cada lectura y al finalizar la homilía. Permitimos que la Palabra de Dios sea acogida interiormente.

2. Propuesta de monición de entrada

Con esta celebración eucarística comenzamos la **Semana de la Palabra**, en la que nuestro obispo nos pide que sea ella la que, a través de la presencia y la acción del Espíritu Santo, nos impulse como comunidad e Iglesia diocesana a conocer mejor la voluntad del Señor en este nuevo curso. En esta **Semana** el Señor vendrá a nuestro encuentro mediante distintas propuestas, de modo que la Palabra de Dios pueda darnos orientación y sentido cada vez que la escuchamos y la meditamos.

3. Algunas ideas para la homilía

- Todo el Antiguo Testamento, en concreto, el profeta Amós este domingo nos prepara para acoger a Jesucristo en la plenitud de los tiempos y no dejarnos llevar por los bienes materiales.
- Mirar hacia el Señor y escuchar su Palabra es lo que también hoy anima a tantos a levantar la mirada hacia los demás y estar atentos a sus necesidades. La Iglesia es comunidad. La Palabra de Dios subraya siempre esto. Asimilar la Palabra de Dios implica vivir en la verdad.
- Acoger la Palabra de Dios nos dispone a afrontar el nuevo curso desde una apertura, una entrega y un servicio que no depende de nuestras propias fuerzas, sino de la respuesta a la iniciativa del Señor de hacernos sus discípulos y estar abiertos a las necesidades de los otros.

4. Se pueden incluir estas dos intenciones en la oración de los fieles

- —Por nuestra Iglesia de Madrid, para que iniciemos el nuevo curso acogiendo la Palabra de Dios y sea ella quien nos impulse a anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Roguemos al Señor.

- —Para que, a través de la escucha de la Palabra, el Espíritu Santo llene los corazones de todos los cristianos, sea fermento de comunión y nos conceda el don de la unidad. Roguemos al Señor.

5. Profundizando en la homilía

«Los mandó a la viña»

Continuando con las parábolas en las que Jesús explica cómo es el reino de los cielos, este domingo el Evangelio nos presenta a Dios como al propietario de una viña a la que nos invita a trabajar. Con ello descubrimos una vez más que el Señor ha querido acercarse al hombre hasta tal punto que ha querido contar con nosotros como colaboradores en su tarea de salvación. Una de las impresiones que causa una primera lectura de este pasaje puede ser el cierto desconcierto que causa descubrir que la lógica de Dios no se corresponde con la nuestra, pues los planes de Dios no siempre se corresponden con los nuestros, tal y como señala la primera lectura, del libro de Isaías. Un segundo factor que interviene en esta parábola, y que en este año hemos visto a menudo, es el paso del tiempo como ocasión de salvación. A través de la presentación de una escena idéntica en varios momentos del día, Jesús nos muestra que mientras vivimos tenemos la oportunidad de que el Señor entre en nuestra vida de un modo nuevo; asimismo, no podemos pensar nunca, por una parte, que hemos sido olvidados por Dios o, por otra parte, que el Señor considera a determinadas personas incapaces de beneficiarse de su salvación.

«Estaban en la plaza sin trabajo»

Produce cierta tristeza en la parábola la imagen de quienes aparecen parados, sin trabajo, fundamentalmente por la repuesta que dan los últimos llamados: «nadie nos ha contratado». La acción del dueño de la viña de incorporarlos al grupo de sus jornaleros sirve para entender varias cuestiones. La primera es que Dios no quiere dejar a nadie fuera de su salvación. El Señor no deja de buscar a nadie, independientemente de la situación en la que se encuentre, por muy difícil que sea o por mucho tiempo que haya pasado. Se está anunciando de esta manera la universalidad de la salvación. La segunda es el modo en el que aparece la misericordia divina. El Señor no pide explicaciones a quienes han sido descartados por otros propietarios para trabajar. No indaga en los antecedentes de las personas con las que se encuentra, no le importan las causas objetivas o subjetivas que han impedido hasta ahora ponerse a trabajar. En definitiva, la actuación de Dios supera un modo de razonar meramente humano y calculador.

Ajustados en un denario

El punto más llamativo de la parábola es la reacción de quienes han sido contratados a primera hora al comprobar que van a recibir el mismo salario que los que han sido llamados al final del día. En efecto, desde el punto de vista de la justicia distributiva, a más trabajo correspondería mayor ganancia. Sin embargo, el planteamiento de Jesús en la parábola no se detiene en un razonamiento económico, sino que fija la atención en cómo se realiza la salvación de Dios. El denario que reciben todos por igual significa la vida eterna a la que todos estamos llamados a disfrutar tras trabajar el tiempo que haya sido en la viña del Señor. Puesto que San Mateo escribe el Evangelio a cristianos procedentes del judaísmo, está señalándoles que también los incorporados a la fe desde el paganismo han sido escogidos por Dios para participar en la vida

nueva que Él les ofrece. Por otros episodios evangélicos conocemos la dureza del Señor ante quienes se creen justos y la cercanía con aquellos que, viviendo en una situación de pecado, se muestran abiertos a abrirse a la misericordia divina. La autoinvitación de Jesús a comer en casa de Zaqueo, la parábola del fariseo y el publicano, o el perdón a la pecadora pública nos dan sobrada cuenta de ello. Y es que, frente al límite humano, en todos los sentidos, cuando el hombre es capaz de reconocer el amor ilimitado e incondicional que procede de Dios, va a poder superar la propia finitud; al mismo tiempo, quien recibe un amor, perdón o misericordia sin límites llegará a transmitir a los demás sin cálculo aquello que se ha recibido.